

# LA ILUSIÓN PERDIDA

**Antonio Guillermo**

**Ramirez Serra**



*Casa  
Eolo*



**LA ILUSIÓN PERDIDA**

© 2007. Antonio Guillermo Ramirez Serra

© 2007. Eolo Dreams, S.L.U.

**Publica y edita:**

**Eolo Dreams. S.L.U.**

**Río Seta, 1.**

**50196 La Muela (España)**

**www.casaeolo.com**

**e-mail: [eolo@casaeolo.com](mailto:eolo@casaeolo.com)**

**Reservados todos los derechos.**

**Se autoriza la difusión y reproducción de esta obra, siempre que se respete íntegramente su contenido y se citen expresamente el autor, la editorial y la fuente donde se puede descargar ([www.casaeolo.com](http://www.casaeolo.com)).**

## LA ILUSIÓN PERDIDA

Tuve algunos avisos de que algo iba mal desde mucho tiempo atrás, pero cuando mi enfermedad empezó a desarrollarse, el deterioro fue vertiginosamente rápido. No es totalmente exacto decir que hubiera un deterioro que me condujera al estado doliente, más bien habría que decir que la caída fue repentina en forma de brote. Ciertamente había tenido algunos avisos en los tiempos pasados, como dolores agudos en las articulaciones o músculos engarrotados. Esos momentos del pasado eran simplemente puntuales y desaparecían tomando un simple analgésico. Pero a la edad de treinta y dos años, casi sin vérmelo venir, mis extremidades iniciaron una carrera súbita hacia el dolor, contrayéndose mis brazos cómo si fueran papel de papiro, y mis piernas dejaron de responder a mis estímulos perdiendo la capacidad de caminar. Lo único que quedó de ellas, así como de los brazos, fueron unos apéndices dolorosos. Ciertamente peor hubiera sido carecer de ellos, pero en estas circunstancias también me molestaba el hecho de tener los miembros que conformaban mis piernas y brazos adosados al cuerpo. Dolor físico había mucho, pero no era lo único que me molestaba. El verdadero problema, más engorroso para mí, era la repulsión que me producía ver mi cuerpo deteriorado de esa manera. No podía soportar pensar en que a ambos lados de mi cuerpo, tenía aferrado de una forma tan notoria esos cuatro colgajos, que eran mis extremidades. Tal vez fuera porque esa dolencia que yo padecía no había sido causada por un hecho accidental en un momento de mi vida, si no más bien que lo había llevado dentro de mí, desde el día de mi nacimiento, como un germen que había estado incubándose esperando el momento para atacar. Era por ese motivo que no podía evitar tener un sentimiento de culpa, cómo si yo fuera el responsable de aquello que me estaba sucediendo, haciéndome daño a mí y a los que había alrededor y estropeando el cuadro de salubridad del ambiente. Mancillando la atmosfera.

Quedé recluido en la casa familiar, que por suerte era muy amplia. Ubicada en una zona residencial lujosa, estaba enclavada en una gran parcela con jardines y un pequeño bosque. La superficie útil de la casa era considerable, sin embargo no estaba adaptada para una persona que debiera ser impulsado en una silla de ruedas. Al comenzar mi penosa situación la casa iba a sufrir ciertos retoques estructurales y, mis familiares, que afanados en proporcionarme todo lo que necesitara, empezaron por retocar un poco aquí, un poco allá, de modo que acabaron reformando una muy gran parte del interior y adaptándola perfectamente para mí, consultándome en todo momento mis gustos y preferencias, en algunos caso cotejándolos con las opiniones de los técnicos. Se llegó a instalar incluso un aparato, que me permitía, con gran comodidad y seguridad, poderme zambullir en la piscina de la casa con una silla especial. Lo que hubiera sido normal en otra persona en mi situación, pero con unos recursos económicos más ajustados, hubiera

sido quedar ceñido a una inmovilidad casi total, pudiendo desplazar el cuerpo solamente entre espacios muy reducidos, y con gran dificultad para ello, por cuestiones de espacio en la vivienda. Ya que de por sí, vivía en una villa con dimensiones de palacio, perfectamente adaptada para minusválidos, se me facilitó una silla de ruedas con tracción propia, la cual era impulsada y dirigida por mi mismo con un pequeño mando que fue especialmente diseñado para las peculiaridades de mi nueva fisonomía. Puedo decir, que entre lo doloroso de mi situación, y las limitaciones a que estuve expuesto, fui un privilegiado, y se me proporcionaron todos los mimos y cuidados que el dinero puede ofrecer.

Desde el momento que quedé postrado en esa silla, hasta que milagrosamente pude volver a levantarme pasaron casi ocho años. Para recordar el año exacto de esos días, no necesito otras referencias mnemotécnicas que el día que caí invalido en la silla. Y otra gran época memorable e importantísima, que marcaron un hito en mi vida, fue el momento en que pude levantarme de esa silla, y pensar que estaba curado. Ahora mismo tengo la impresión de que el interludio de tiempo, que trascurrió entre esas dos fechas, pasó a una velocidad inusitada. No son los momentos grandes y los buenos, los de tiempo de gozo, los que pasan rápido en nuestras vidas, son sin embargo, los momentos especiales, tanto si son para bien, cómo si son para mal. Si se me hubiera preguntado entonces que tal me encontraba emocionalmente hubiera dicho que estaba destrozado, pero no hubiera sido una respuesta meditada. Mi cuerpo estaba paralizado y con fuertes complejos, pero cierto es que nunca perdí el humor. Esto era algo que para entonces yo no valoraba. Si bien mi cuerpo no respondía, sí respondía mi psique con grandes dosis de esperanza. El humor que derrochaban mis pensamientos era limpio, y mi sentimiento de caridad puro. Sentía necesidad de rodearme de gente sana y fuerte, con la que poder conversar durante largos ratos y, gracias a Dios, este tipo de gente nunca me faltó. Con ellos pasaba largas horas hablándoles de mi patología, les contaba los sentimientos que cruzaban mi mente en esos momentos, y ellos siempre me escuchaban con deferencia. No desperdiciaba una ocasión para encender la chispa del humor entre mis compañías, y nunca fue un humor forzado, sino sincero. Tal vez fue, que me fortalecía el hecho de estar puesto de cara contra la adversidad. También es cierto que hubo muchos momentos revulsivos y de lucha interior, en los que sentía las puñaladas de la depresión y la desidia, pero no dejaban de ser temporales y acababan habiéndome hecho crecer mentalmente y mostrando mi naturaleza. Esta fortaleza de la que hice alarde, estuvo sujeta al hecho de no haber perdido nunca la esperanza y la ilusión por la recuperación. En mi subconsciente habitaba la espera de que llegara el día de mi renacimiento en el que pudiera levantarme de mi silla ortopédica y salir de la puerta de mi casa flamante y vestido con una armadura de oro.

Esa situación llenó mis pensamientos de grandes ideales y, aunque explicados a una mente despierta, ésta pudiera pensar que son sentimientos de grandeza. Ahora no estoy

tan seguro de que fueran apropiados para ser tomados en consideración. Y bien que por mi cabeza corría la idea de que la salud lo es todo, absolutamente todo; me culpaba a mi mismo de no tener esa salud, y anhelaba recuperarla por encima de todo, y la esperanza de hacer realidad esos deseos me mantenía fuerte. Ahora creo que hubiera sido mejor para mi no pensar en todo ello, aunque por otra parte, y sin yo saberlo entonces, fue la vacuna contra la locura haber tenido yo eso en la cabeza; haber pensado que entre los valores de la vida, el único importante, el que realmente hay que tener en consideración y cuidarlo como la vida misma, es la salud. Y que todo lo demás, ya sean bienes materiales, sea cual sea la vida social que se tenga o la que se desee, todo eso era circunstancial e insostenible. Llegué incluso a pensar que el amor hacia una pareja, hacia otra persona en forma de unión sentimental, incluso eso pasaba a segundo plano si se comparaba con la salud individual y al bienestar en su sentido más amplio de la palabra.

Aunque de momento, lo único que pudieran hacer los médicos por mí, fuera suministrarme analgésicos para mitigar el dolor muscular, ya había sido advertido que se estaba trabajando duro en importantes laboratorios, y estaba previsto la salida al mercado de un medicamento, que se suponía iba a resultar estupendo para corregir mi dolencia. La noticia de eso, que había llegado hasta mí desde mucho tiempo atrás, ayudaba en gran medida a alimentar la gran esperanza por restablecerme. Que si bien, dentro de mi había una cierta brizna de escepticismo hacia ese prometedor medicamento. Quizás como medida de autoprotección me negaba a plegar todo mi sentido de vida sobre eso, porque de alguna manera tenía la idea de que esas grandes investigaciones no estaban tan avanzadas como los doctores pretendían hacer creer, y que esa información fuera puesta en nuestro conocimiento para ayudarnos a mantener la fuerza por el día a día y la esperanza, tan importante para mí, y para gente cómo yo. El dato de esas investigaciones aportaban su grano de peso en la esperanza que yo sentía, pero no era ni mucho menos el factor determinante para mi gran humor, que aunque aquejado de dolores musculares, con fuertes complejos por mi situación decrepita, lo importante y lo que me hacía mantener la fuerza como ser humano, era el hecho de que estuviera convencido de que todavía no había dado todo lo que podía dar, que todavía podía enseñar cosas a la gente y al mundo. Tenía la sensación que yo, en mi persona, tenía cualidades que merecía la pena fueran vistas y reconocidas, y que de algún modo, encontraría la forma de demostrarlas. Circulaba suspendida cómo la bruma, por mi mente la idea, que una de esas cualidades que me hacían tan característico, por las cuales me proveía de fuerza vital y de buen humor, el convencimiento de que, ya sea por el medicamento milagroso, o por lo que fuera, que volvería a caminar.

Cual fue mi sorpresa, cuando fui avisado de que el médico quería verme, había percibido cierta excitación, y estaba expectante ante lo que me tenía que decir. La sorpresa llegó cuando el médico me comunicó que el medicamento que tiempo atrás me

había sido prometido, estaba en el mercado, y que estaba funcionando bien, los resultados eran satisfactorios, y era muy recomendable que me lanzase a probarlo. Resultó que las promesas que me habían hecho los médicos, que no se habían creído ni ellos, de que en el campo de la investigación farmacológica se estaba trabajando duro para sacar en circulación la pastilla milagrosa, esa promesa se hizo realidad. Imagino que los doctores estarían contentos con este hallazgo, pero lo que era por mi, me faltó tiempo para empezar a tomar esta sustancia. Había sido advertido de que el resultado podía ser relativo. De que cada paciente evoluciona de una forma distinta, debía guardar margen a la probabilidad, sobre todo tomarlo con calma, y prudencia. Si de algún modo se ha dicho que alguien puede ser adicto a algo que nunca ha probado, ese sería yo en ese momento, o por lo menos ese era el comportamiento del que hacía alarde.

Yo quise creer, que si el medicamento dio tan buenos resultados en mi cuerpo, fue en gran medida por la gran fuerza interior que irradiaba. El caso es que los primeros resultados no se dejaron esperar y, ya los primeros días, pude volver a empezar a mover los dedos, unas semanas más tarde había ganado gran movilidad en los brazos y había perdido dolor en las piernas, y al poco tiempo más tarde pude levantarme de la silla y dar unos pasos. La milagrosamente rápida progresión de mi recuperación me hacía pensar que, tal y cómo tantas veces había pensado, de que mi persona estaba dotada de unas cualidades especiales, de que tenía cosas que enseñar al mundo, casi con total convencimiento pensaba que esas profecías eran ciertas. Los primeros meses de haber vuelto a tomar contacto con el ejercicio físico, con mi propia movilidad, de verme dotado de mi cuerpo a mi voluntad, y de manejarme a mi antojo, sin necesidad de terceras personas, fueron sensaciones que me producían un estado de alegría que rayaba el éxtasis. Quizás hubiera sido mejor para mi salud, pero no ya sólo la física, sino también la emocional, tomar el trascurso de esos acontecimientos con más lentitud, pero todo pasaba a una velocidad vertiginosa. Me costaba digerir lo que estaba viviendo, había pasado de estar en estado vegetativo durante un periodo de casi una década, a poder levantarme de la silla y dar un paseo por la urbanización en cosa de pocas semanas. La idea que yo tenía era de que Dios se había fijado en mi. Pero no todo sería tan bonito cómo parecía y, ese ritmo en el que me sucedían las cosas, y que tantos y tan importantes cambios estaban produciendo en mi cuerpo y mi psique, me pasarían factura. Tan grave era también, qué lo que más presente tenía, tanto o más que la movilidad de mi cuerpo, eran los ideales que se habían formado en mi pensamiento; todas aquellas ideas de que la salud lo es todo, más incluso por encima del amor hacia el prójimo, o de idealismos abstractos que antes había visto vacíos. La salud física lo había sido todo, la salud verdadera, la del cuerpo, la que se palpa con los dedos, y nos permite salir a pasear, o ver una película sin perder la concentración. Ese tipo de salud, había sido para mí la importante.

No puedo decir que los meses que vinieron a continuación fueran negativos, el estado en el que yo me encontraba era bastante cómodo, pero algo nefasto se estaba gestando. Tanto más por mi nueva forma de ver la vida, convencido de que conseguido el dominio de mi cuerpo, ya lo tenía todo. Esos días trascurrieron para mí con gran rapidez, y se notaba en mí un continuo estado de exaltación. Supongo que esa exaltación era producida por mi toma de conciencia de un nuevo estado de plenitud, ya que después de haber incubado durante tanto tiempo en el nido de mis pensamientos la idea de que la salud lo era todo, teniendo ahora salud, podía perfectamente pensar que era tan afortunado que no sólo lo tenía todo, sino que además, tenía la capacidad de valorarlo en toda su plenitud, por haber estado privado de ello durante tanto tiempo. Pero lo que no me había parado a pensar, y esto era algo que ahora veo cómo la más grande de las importancias, era que antes, durante mi estado de dolencia, la felicidad no había estado ausente en mi mente, mi vida estaba coartada por la silla de ruedas, pero mi mente funcionaba sana y con fino humor. Nunca me había parado a pensar que este humor, este bienestar emocional, y esta ilusión fueran lo más importante. Esta ilusión y amor producidos por la esperanza. La esperanza de recuperación.

Algunos meses más tarde, tenía asimilada mi curación. Ya no pensaba en que debía dar gracias por cada paso que daba, o cada vaso de agua que podía llevarme a la boca por mi mismo. Para entonces lo hacía sin más, pero había perdido algo. Había perdido la ilusión por lo venidero, por lo mejor. Había perdido la ilusión pero prosperar y mejorar. Tan fuerte había sido la idealización de lo importante de la salud, que había obviado lo importante de la ilusión, y ahora que tenía la salud, para mí era como si lo tuviera todo, o sea, nada por lo que luchar, nada por lo que vivir. Me sentía vacío.

*En Casa Eolo encontrarás publicaciones disponibles para personalizar a medida.*

*Un libro es:*

- *Un regalo elegante*
- *Un compañero ideal*
- *Un amigo*



*Habla por medio de tus libros  
Un libro dice mucho del que lo regala*

*En definitiva: Un libro es el **regalo ideal***

## **CASA EOLO**

- *Personaliza tus libros o comics a medida.  
Disponemos de un catálogo propio.*
- *¿Tienes inquietudes literarias y te resulta imposible publicar?  
Nosotros lo hacemos contigo.*
- *Catálogo de publicaciones. Librería on-line.*
- *Bazar del libro. Compra-venta de segunda mano. Te ayudamos a encontrar lo que buscas.*

**www.casaeolo.com**